

Rubén Acuña Fernández*

La epistemología del ‘Atenágoras’ de *De Resurrectione* y el papel de la verdad en la demostración

The epistemology of the ‘Athenagoras’ of *De Resurrectione* and the Role of Truth in Demonstration

Abstract

In the dialogue between Christianity and Hellenism during the second and third centuries, apart from the confrontation of ideas itself, a set of arguments is elaborated that will mark the development and style of later apologetics. The treatise *On the Resurrection of the Dead*—traditionally attributed to Athenagoras of Athens—, in addition to bearing witness to these arguments, presents a justification for his own approach and a classification of arguments that depends on their relationship to the truth. He distinguishes between arguments “for the truth” (ὕπερ τῆς ἀληθείας) and arguments “concerning the truth” (περὶ τῆς ἀληθείας). The first are intended to refute what is not considered true; the latter seek to positively pursue knowledge. The former are considered superior in terms of utility; the others, in terms of demonstrative force. The author distributes his own arguments in this classification, proceeding in different ways depending on the content. In this presentation, we analyse how the premises assumed as truth are a condition for the treatment of each subject in this work; how that affects the burden of proof legitimizing scepticism regarding a claim when there are no guarantees of truth for that claim; and how these different types of reasoning operate in general.

Keywords: “arguments for the truth”; “arguments concerning the truth”; demonstrative force, natural order; burden of proof.

Resumen

En el diálogo entre cristianismo y helenismo durante los siglos II y III, además de confrontar ideas, se elabora un argumentario que marcará el desarrollo y estilo de la apologética posterior. El tratado

* Candidato a Doctor en Ciencias de las religiones de la Universidad Complutense de Madrid y Doctorando en filosofía por la Universidad de Santiago de Compostela. E-mail: ruben.acuna@rai.usc.es

Sobre la resurrección de los muertos, tradicionalmente atribuido a Atenágoras de Atenas, además de testimoniar esas argumentaciones, presenta una justificación de su propio enfoque apologético y una clasificación de los argumentos en base a su relación con la verdad. Distingue entre razonamientos “por la verdad” (ὕπερ τῆς ἀληθείας) y razonamientos “sobre la verdad” (περὶ τῆς ἀληθείας). Los primeros tienen el objetivo de refutar lo que no se considera verdadero; los segundos pretenden perseguir positivamente el conocimiento. Unos se consideran superiores en cuanto a la utilidad; los otros, en cuanto a la fuerza demostrativa. El autor distribuye sus propios argumentos en esta clasificación, procediendo de formas distintas en función del contenido. En esta exposición se analizará cómo las premisas de las que se parte como verdad condicionan el trato que recibe cada tema en la obra; cómo eso afecta a la carga de la prueba legitimando el escepticismo respecto a una afirmación cuando no hay garantías de verdad; y cómo operan estos distintos tipos de razonamientos.

Palabras-clave: “argumentos por la verdad”; “argumentos sobre la verdad”; fuerza demostrativa; orden natural; carga de la prueba.

Introducción: El contexto apologético y *De Resurrectione*

Durante los siglos II y III, entre cristianismo y helenismo hay un diálogo que repercutirá profundamente en los siglos posteriores. A través de estas interacciones, el cristianismo desarrollará su autopercepción dentro de la cultura universal, a la vez que construirá su propia doctrina. Aunque los escritos polémicos no tienen como objetivo elaborar una teología sistemática¹, en esta literatura se presentan cuestiones doctrinales básicas como el carácter de las Escrituras, las profecías, la moral cristiana, su concepto de Dios y del ser humano, la creación, la providencia, el juicio final, etc. Como fruto del debate, los apologistas legarán un argumentario que se seguirá desarrollando progresivamente.

El tratado *De Resurrectione Mortuorum* (*De la resurrección de los muertos*) ocupa un lugar importante en este “corpus argumental”. La obra se ha atribuido a Atenágoras de Atenas, que la habría escrito en torno al año 177². Aunque no

¹ Tradicionalmente se ha pensado que su objetivo era convencer a no creyentes, empezando por los emperadores (Cf., por ejemplo, Ximeno y Urieta, M., *Colección de Los Apologistas Antiguos de La Religión Christiana, Tomo II*, Imprenta Real, Madrid 1792, p. 335, quien piensa que las Apologías de Cuadrato, Melitón, Atenágoras, y Tertuliano fueron leídas realmente por los emperadores) hoy en día es más frecuente considerar que su objetivo era construir un discurso de carácter misionero para difundir el *kerygma* cristiano (Cf. Daniélou, J., *Mensaje evangélico y cultura helenística: Siglos II y III*, Ed. Cristiandad, Madrid 2002, pp. 17 y ss).

² *I.e.*, en fechas cercanas a la *Legatio sive Supplicatio pro Christianis*, datada en el año 177 (Cf. Blázquez Martínez, José María, «La Reacción Pagana Ante El Cristianismo», en Alvar, J., Blázquez, J.M. et. al., *Cristianismo Primitivo y Religiones Místicas*, Cátedra, Madrid 1995, pp. 157-188, p. 161) o, al menos, entre 176 y 180 (Véase Aguirre Monasterio, R., *ibid.*, 568).

faltan quienes sostienen la autoría³ y datación clásica⁴, compartimos el criterio de Robert M. Grant, quien en 1954 demostró contundentemente que ambas obras no pueden pertenecer al mismo autor⁵. Hablamos, por tanto, del “Pseudo-Atenágoras”, un escritor origenista de poco antes del 310⁶ que analiza la literatura apologética en retrospectiva, lo cual lo faculta para justificar su propio enfoque dentro de la tradición, clasificar los argumentos de nuevas formas y elaborar una epistemología propia a partir de esa clasificación

1. Verdad como punto de partida; falsedad como problema

Si otros autores veían la ignorancia como el mayor problema epistemológico, y el conocimiento como la mejor solución⁷, para el pseudo-Atenágoras, el mayor problema es la incredulidad (ἀπιστία) o la mentira (ψεῦδος). Para él, la verdad es el punto de partida y de equilibrio, de modo que la procedencia de la mentira se convierte en una incógnita mayor que la de cómo alcanzar el conocimiento.

A todo dogma y doctrina que se atenga a la verdad en estas materias [«la esencia de Dios ... su conocimiento ... su operación ... lo que a estas cosas por encadenamiento se sigue»] le nace como un retoño alguna mentira. Y le nace, no porque salga de principio alguno ... sino por ser ahincadamente procurado por aquellos que dan honor al adúltero germen que corrompe la verdad⁸.

Si otros autores se preguntaban por las fuentes de la verdad⁹, el autor se pre-

³ Quasten, Johannes, *Patrología. I: Hasta el concilio de Nicea*. ed. de Ignacio Oñatibia. BAC, Madrid 1978, p. 227. Blázquez Martínez, J.M., *op. cit.*, p. 161 y 325.

⁴ Aguirre Monasterio, R., *op. cit.*, 569.

⁵ Grant, Robert M., «Athenagoras or Pseudo-Athenagoras», *The Harvard Theological Review*, 47.2 (1954) 121-129. Sus argumentos son: Primero, que hasta el siglo X no se conocen atribuciones de la obra a este autor (y la más antigua parece tomar el tratado de una fuente distinta a la de la *Legatio*). Segundo, que ambas obras difieren en pneumatología, antropología e incluso en su concepción de la resurrección y de la inmortalidad. Tercero, que *De resurrectione* parece presuponer la obra de Tertuliano y la de Orígenes.

⁶ Cf. Quasten, J., *Ibid.*, p. 229.

⁷ P. ej., para Tertuliano, los cristianos eran perseguidos por la ignorancia, en proceso de solución a medida que “la gente empieza a conocer” (Cf. *Apologeticum*, I y *A los paganos*, I y ss.).

⁸ Ps-Atenágoras, *De resurrectione*, I. Citas en español tomadas Ruiz Bueno, D., *Padres Apologetas Griegos*, BAC, Madrid 1954.

⁹ Según H. A. Wolfson, para Clemente de Alejandría, Justino y Filón, la filosofía pagana tiene tres fuentes de acceso a la verdad: Moisés (a quien los antiguos habrían leído), la razón natural, y una revelación análoga a la de los profetas de Israel. R. Holte cuestiona que la tercera esté en Justino

gunta por las fuentes de la falsedad. Esta no proviene ya de simples limitaciones, como para otros autores¹⁰, sino de una siembra de errores promovida por tres tipos de personas: los «que renuncian a hallar la verdad», los que «la tuercen hacia sus propias opiniones» y los que «hacen profesión de duda aún sobre lo evidente»¹¹. Renunciantes, descarriados y escépticos. «...esta casta de gentes no dejaron verdad alguna que no calumniaran».

2. Verdad como finalidad; carga y procedimiento de prueba

Al afirmar que la verdad es conocida y que su ausencia proviene de la mentira, surge un problema epistemológico: para cualquier “verdad establecida” dada, la carga de prueba siempre recaerá en quien la niega, no en quien la afirma. Pues “no creer a lo que no es increíble (ἀπίστοις), propio es de hombres que no tienen sano juicio sobre la verdad”¹².

No obstante, una vez que existen la incredulidad y la mentira, la cuestión se complica, ya que toda afirmación o negación deberá pasar por el mismo rasero. Es necesario preguntarse por las causas de cada pretensión de verdad, y cuán legítimas podrían ser.

Toda incredulidad (ἀπιστία), si no se engendra temerariamente ni por cualquier opinión irreflexiva, sino por fuerte causa (μετὰ τινοῦ αἰτίας ἰσχυρᾶς) y con seguridad verdadera (κατὰ τὴν ἀλήθειαν ἀσφαλείας), entonces guarda la conveniente razón, cuando la cosa misma a que se niega la fe no parece ofrecer garantía ninguna de verdad¹³.

De modo que, para que una afirmación sea legítima, hay dos requisitos: primero, que esté justificada con seguridad; segundo, que lo que niega no lo esté.

(Cf. Holte, R., «Logos Spermatikos. Christianity and ancient Philosophy according to St. Justin's Apologies», *Studia Theologica Vol. 12* (1958) 109-168, p. 164). Clemente propone dos listas de fuentes; una enumera las tres (Cf. Clemente, *Stromata.*, 5,14), la otra es más compleja.

¹⁰ P. ej., Justino y Clemente consideraban que la verdad y el error se diferencian por oposición entre lo parcial y lo total, siendo Cristo la verdad total que los filósofos solo alcanzaron en parte (Cf. Daniélou, J., *op. cit.*, p. 75). Ejemplo de esto último es también Orígenes, para quien el conocimiento de Dios es inaccesible si no es por Cristo (Cf. *Contra Celso*, VII, 42-43).

¹¹ *De resurrectione*, I.

¹² *Ibid.*, XII.

¹³ *Idem*. Misma idea en el cap. II: «Es razonable toda incredulidad, no engendrada temeraria ni irreflexivamente, sino por fuerte causa y con seguridad verdadera, cuando la cosa misma a que se niega la fe no parece ofrecer garantía ninguna de verdad».

Cualquier afirmación o negación debe estar justificada, por lo que nadie, ni siquiera quien “está en la verdad”, puede desoír las afirmaciones contrarias ni renunciar a su la responsabilidad de dar razón¹⁴.

Para ello, la demostración de cualquier afirmación debe seguir tres pasos que recuerdan a las *Disputationes* escolásticas:

1. Partir de la afirmación considerada verdadera.
2. Responder a los argumentos en contra.
3. Aportar argumentos en su favor.

Para todo ello, el autor confía en la herramienta de la razón común:

La demostración de los dogmas de la verdad (*ἀληθείας δογμάτων*) ... no toma su punto de partida de cualquier parte ... sino de la común y natural inteligencia (*τῆς κοινῆς καὶ φυσικῆς ἐννοίας*) o de la conexión entre los primeros principios y sus consecuencias ... a fin de no cometer una negligencia con la verdad o con la seguridad de la verdad¹⁵.

El segundo y tercer paso generan dos tipos de razonamientos que se diferencian por su relación con la verdad: «Unos por la verdad, otros sobre la verdad» (*τῶν μὲν ὑπὲρ τῆς ἀληθείας, τῶν δὲ περὶ τῆς ἀληθείας*). Los argumentos del propio tratado serán organizados de acuerdo con esta clasificación.

3. Verdad como punto de referencia; tipos de argumentos

3.1. Argumentos por la verdad

Los argumentos por la verdad, o en favor de la verdad (*ὑπὲρ τῆς ἀληθείας λόγος*), parecen recibir su nombre de 2 Co 13,8: «Porque nada podemos hacer contra la verdad [*κατὰ τῆς ἀληθείας*], sino solo a favor de la verdad [*ὑπὲρ τῆς ἀληθείας*]»¹⁶. La expresión aparece ya en Demóstenes¹⁷ y será usada por Juan

¹⁴ Influencia probable de 1 Pedro 3,15.

¹⁵ *De Resurrectione*, 14.

¹⁶ Textos bíblicos tomados de *La Biblia de las Américas* (Lockman Foundation, La Habra, California 1997). Textos griegos del *Nestle-Aland Novum Testamentum Graece*: 28, Institute for New Testament Research, Münster – Westfalia 2012.

¹⁷ *Discurso sobre la corona*, 21: “ὑπὲρ τῆς ἀληθείας”, traducido en inglés como “for the sake of accuracy” (*The Crown*, trad. de C.A. Vince *et al.*, MA, Harvard University Press; Londres, William Heinemann Ltd. 1926) y en español como “por el amor a la verdad” (Trad. por J.F.V.J.D.M., Imprenta de Villalpando, Madrid 1820).

Crisóstomo¹⁸. En el primer y undécimo capítulo de *De Resurrectione* se describen así:

1. Su objetivo es “limpiar” o refutar la mentira.
2. Están dirigidos «a los que no creen o dudan», respondiendo a los discursos contra la verdad¹⁹.
3. Nacen de la «sobre-siembra» o corrupción.
4. Son inferiores en naturaleza, virtud y orden²⁰.
5. Suelen ser superiores en cuanto a su utilidad²¹.

Los primeros diez capítulos del tratado ejemplifican estos argumentos respondiendo a dos objeciones de la resurrección de la carne: que Dios no podría llevarla a cabo, y que Dios no querría hacerlo.

La primera crítica es tratada en los caps. II-IX. La respuesta del pseudo-Atenágoras es que no hay razón por la que Dios no podría hacerlo, viendo que ha diseñado los animales con un sistema digestivo por el que un cuerpo humano nunca llega a formar parte de otro organismo²², y que Dios tiene el conocimiento y poder necesario (caps. II-III; IV), ya que “lo que es imposible para los hombres es posible para Dios”²³.

Los capítulos IX-X se dedican a la segunda crítica²⁴, respondiendo que si no hay nada indigno ni perjudicial en haber creado lo presente, mucho menos lo habrá con la resurrección futura. Se hace, en conclusión, «evidente que la resurrección ... es obra posible, querida y digna del Creador» (cap. XI).

¹⁸ La emplea al hablar de quien es perseguido “por causa de la verdad” (ὕπερ τῆς ἀληθείας) (Homilía XV sobre el Evangelio de San Mateo, VI).

¹⁹ “κατὰ τῆς ἀληθείας”, según la expresión de Santiago 3,14.

²⁰ Cap. XI: “Por su naturaleza, porque menos es refutar la mentira que afirmar la verdad. Por su orden, pues tiene fuerza solo contra las falsas opiniones, y una falsa opinión nace de una sobre-siembra y de corrupción”.

²¹ Este punto está claro en el Cap. I. No lo está tanto en el II (ver nota 28).

²² El argumento más extenso (caps. IV-IX). El autor aborda seriamente la crítica de que Dios no podría reavivar un cadáver que ha sido devorado por alimañas, peces o caníbales porque este sería integrado entre los cuerpos de quienes lo consumieron.

²³ Cap. IX. Cita literal de Lucas 18,27.

²⁴ Crítica presente también en el *Discurso Verdadero*, donde la resurrección es una esperanza vergonzosa, «digna de gusanos», que Dios jamás querría llevar a cabo (*Contra Celso*, V, 14).

3.2. Argumentos sobre la verdad

Los argumentos sobre la verdad²⁵ (περὶ τῆς ἀληθείας λόγος) tratan sobre el asunto propiamente dicho. La expresión aparece repetidamente en otros autores, especialmente en Aristóteles²⁶. En *De Resurrectione* (caps. I y XI) se caracterizan así:

1. Su objetivo es procurar el conocimiento.
2. Se dirigen «a los de nobles sentimientos y que reciben con benevolencia la verdad».
3. Poseen mayor fuerza demostrativa.
4. Aunque los anteriores podían ser de utilidad práctica, estos son «necesarios ... a todos los hombres para su seguridad y salvación».
5. Tienen primacía en cuanto a su naturaleza («pues procura el conocimiento»), su orden (porque «existe en aquello y a par de aquello de que es indicador») y su utilidad (pues «es ... guía de su seguridad y de su salvación»)²⁷.

En los capítulos XI-XXV se exponen cuatro argumentos de este tipo para demostrar la doctrina de la resurrección²⁸:

El primero (caps. XII-XIII) se basa en la *causa* (αἰτία) de la creación del ser humano: Dios creó al ser humano «por motivo de él mismo», de modo que tiene en sí mismo el propósito de su existencia. Luego, debe permanecer para siempre. Y esto es imposible sin la resurrección.

El segundo argumento (caps. XIV-XVII) se basa en *naturaleza* misma (φύσις) del ser humano: este no consta solamente de un cuerpo, o de un alma inmortal, sino de un compuesto de ambos. Si estos conviven en armonía, deben tener un mismo fin, por lo que deben perpetuarse por igual. Esto solo es posible mediante la resurrección del cuerpo.

²⁵ “Concerning the truth” en la traducción clásica de B.P. Pratten, *Ante-Nicene Christian library*, T.&T. Clark, Edinburgh 1867.

²⁶ Cf. *Metafísica*, I, 3 (983b); I, 7 (988a); II, 1 (993a), etc.

²⁷ Así descrito en el cap. XI, donde los “por la verdad” solamente se anteponen “algunas veces” en este sentido. En el cap. I, la superioridad estaría solamente en “la fuerza demostrativa y al orden natural” mientras que los “por la verdad” serían superiores en cuanto a la utilidad.

²⁸ Posiblemente eran tres en la versión original de la obra. El cuarto no figura en la lista del cap. IX y, aún después de agregarse en el cap. XIII, desaparece nuevamente en la conclusión del cap. XIV. Esta omisión no se explica alegando que el argumento se reduce a los tres primeros ya que en ellos no aparece, por ejemplo, la vinculación aristotélica entre fines últimos y facultades. En cualquier caso, su autenticidad no afecta al propósito de este estudio.

El tercer argumento (caps. XVIII-XXIII) prelude la razón práctica kantiana y está basado en el *justo juicio* (δικαία κρίσις) del Creador. El ser humano «*es el responsable* de todas sus acciones y él ha de recibir el premio o castigo por ellas». Cuando no hay justicia en la vida presente, debe haberla en el futuro, ya que Dios es justo. Sería injusto juzgar por sí solo al cuerpo (cap. XVIII), o solo al alma (caps. XXII-XXIII) en lugar de juzgar al ser humano. Para ello se requiere resucitar el cuerpo.

El cuarto argumento (caps. XXIV-XXV) parte del fin de la vida (τὸ τοῦ βίου τέλος). Todo ser tiene un fin particular que debe concordar con sus facultades y las operaciones de estas. El ser humano, compuesto de cuerpo y alma, debe tener un fin compuesto (*i.e.*, que no afecte solamente al alma). El fin más consonante con su naturaleza racional es «la contemplación del Dador y ... la gloria y júbilo de lo por el decretado», que no se da en la vida presente. Por tanto, «menester es ... la resurrección».

Habrà podido apreciarse que, mientras los primeros argumentos partían de críticas particulares para refutarlas, los segundos buscan un entendimiento común a partir del cual perseguir positivamente el conocimiento.

Conclusiones

En el tratado *Sobre la resurrección de los muertos*, se elabora un concepto de la verdad que se aplica tanto a la epistemología como al discurso apologético:

En la primera sección se ha visto cómo la verdad, tomada en la obra como punto de partida, genera la necesidad de abordar el problema del origen y fuentes del escepticismo y de la falsedad.

En la segunda parte se expone por qué, para el autor, tanto quien afirma como quien niega tiene la responsabilidad de perseguir la verdad como un fin y, por tanto, como objeto de defensa, dando razones de ella.

Finalmente, se ha mostrado cómo tomando la verdad como punto referencia, se forma un criterio para poder valorar, clasificar y construir cualquier discurso en contra de la falsedad y en favor de la verdad.

Todo ello es ilustrado en la obra a través de la defensa de la resurrección de la carne, por lo que hay un ejemplo práctico de cómo esta noción de la verdad permite operar y construir casos en la búsqueda del conocimiento.